

El rito de recordar

“Sólo a la humanidad redimida le concierne enteramente su pasado. Lo que quiere decir: sólo a la humanidad redimida se le ha vuelto citable su pasado en cada uno de sus momentos”.

Walter Benjamin, “Sobre el concepto de historia”

Decía el antropólogo francés Marc Augé en “El tiempo en ruinas” que contemplar las ruinas no es tanto viajar en la Historia, sino vivir y experimentar el tiempo en su estado puro, cuando ya ha pasado, cuando está pasando, cuando lo que era ya no es. Su argumento es que es propiamente la ruina la que mejor define “la vida” en las ciudades. Desde el comienzo de su proyecto en 2016 hasta ahora, el artista David Latorre ha evolucionado hasta dar casi un completo protagonismo a los elementos naturales en su trabajo. En una muestra reciente, Latorre rompe con el esquema del formato y sale por el espacio, ocupando simbólicamente el cubo blanco para transformarlo en un no-lugar nuevo pero un no-lugar plagado de un sentido nuevo.

Como un *flâneur* actual, Latorre transita de una manera casi simbiótica con esos elementos que integran su trabajo, donde en un estado inicial la naturaleza quería abrirse paso y donde finalmente la relación de esta con el cuerpo humano ha encontrado su razón de ser; una asociación casual pero sostenida y perdurable. Ese caminar juntos, como paseante casi místico, tiene una relación muy estrecha con la arquitectura misma, que es un elemento central también fotografiado y trabajado por Latorre; y es que el artista no es un simple retratista de espacios, es un investigador en toda regla, que desarrolla un proceso de profundización en estos lugares, con el fin de trabajar con ellos desde un sentido de la horizontalidad, casi dejándose la piel... Este *detournement* que Latorre utiliza en su proceso creativo tiene también un fin crítico, más allá de la imagen misma y su (re)presentación: es un intento por devolver un doble sentido que examine nuestra posición ante esos elementos naturales que son ya quienes dominan, sin ninguna duda, las ruinas de un pasado creado por la mano humana.

Esa experiencia entre la arquitectura y el arte, que cita el historiador José Miguel G. Cortés en su libro “Experiencias urbanas entre el arte y la arquitectura”, subvierte la norma del cuerpo, juega con espacios laberínticos y cuestiona las formas geométricas en favor de una arquitectura que sitúa al cuerpo, lo invita a moverse con ella, a darle entidad a los espacios a través del sentido corporal que estos tienen.

Latorre recupera, recrea y revive esos lugares que ya no son pero que adquieren así un nuevo sentido. Como espacios contemplativos donde todo parece estar a punto de extinguirse pero, sin embargo, se mantiene. La relación que el cuerpo establece con estos espacios es simbiótico,

sincrético, como un ritual de encarnación de la arquitectura y de edificación corporal. El ejercicio del artista en este proyecto es, finalmente, una suerte de psicogeografía, al modo de los situacionistas, donde las emociones se relacionan de manera directa con los espacios que los cuerpos ocupan y donde la arquitectura muestra con fuerza su carácter afectivo y animista.

Como espectadores que (re)viven estas ruinas, nuestros cuerpos cobran especial importancia en las obras de Latorre, como testigos de un presente que transforma ese pasado que ya es otro, que adquiere un nuevo simbolismo en el cubo blanco. Precisamente esas paredes de la sala de exposiciones son ya muros franqueables, impregnados de memoria y cuerpo, parapetos del rito del movimiento de quienes damos sentido último a estas ruinas del presente.

Semíramis González